

Recuerda con Emoción Luz Gil Sus Días en el Teatro Alhambra

Tuvo más de Setenta Mil Pesos y los Perdió
en la Quiebra del año 20. Vive con Pobreza

Por J. M. VALDES-RODRIGUEZ

ALHAMBRA fué durante más de cuarenta años expresión superior y casi única del teatro vernáculo, de la fórmula escénica bufo-cubana. De 1891 a 1930 ó 32 se puede decir que no dejó de abrir sus puertas un solo día, exceptuadas las interrupciones determinadas por las breves actuaciones de la compañía en Payret y el Nacional. Es lo que Gustavo Robreño, figura teatral polifacética como acaso no haya otra en la historia de nuestra escena y uno de los pilares de Alhambra, ha llamado la temporada teatral más larga de que él ha tenido noticia.

Y nó sólo fué extensa esa jornada de Alhambra y sus huéspedes, cáusticas y cubanísimas, sino que se la ha de considerar como un factor trascendente en la vida pública nacional; sobre todo a partir de la instauración de la República. Las dos décadas primeras del siglo, años críticos por razones que no es necesario recordar aquí, fueron el ápice de la actividad artística y la influencia política y social del teatro de Virtudes y Consulado, cuya concurrencia habitual, integrada sólo por hombres, representaba todo un corte vertical en la sociedad cubana.

En 1913, los días de "La casita criolla" que acaso marque la culminación del género en Alhambra, vino a ocupar un sitio principal entre las figuras primeras del elenco una artista llegada a Cuba muy poco antes: Luz Gil, que en seguida se ganó el favor general. Somos muchos a recordarlo. Así lo pensábamos, mientras evocaba ella misma los días esforzados y triunfales y las horas amargas y dolientes.

Mexicana, llegó a Cuba cuando andaba cerca de los 20 años. Nos la trajo el amor, viene a decirnos; determinada por una pasión, la primera, avasalladora; ¡que en Luz Gil ha mandado siempre, muy fuerte, el corazón! Había hecho teatro desde muy joven, ejercicio de una vocación celosa y excluyente. Y aquí, en esos cuarenta años la escena ha sido

para ella una necesidad permanente hecha de señorío y servidumbre; gozoso cultivo vocacional y obediencia a veces forzosa a la profesión como medio de vida. Lo nuevo para Luz fué el género bufo-cubano, lo vernáculo isleño, pero muy pronto lo sintió como propio; como si su don teatral hubiera esperado desde siempre nuestra fórmula escénica popular.

El recuerdo de aquellos días emociona a Luz Gil. Nunca ha podido evocarlos sin perder, en alguna medida, el dominio de sí. Por eso, al hacer en la TV la pieza de Gustavo Robreño "Aliados y alemanes", representada en Alhambra casi 40 años antes, no pudo contener las lágrimas, nos afirma para explicar el sollozo de ahora que entrecorta la exposición de su amistad con Eloísa Trias, la notable característica. "Le debo", subraya, "lo que fui en aquellos años". Y hace un fervido elogio de la capacidad de la Trias, artista inimitable en su género. "Su labor, era producto del estudio, de la observación; a veces de la improvisación inspirada".

Para la amistad cálida y desinteresada de otra artista de mucho valer, de Mary Munné, tiene Luz palabras efusivas, de gratitud y reconocimiento. A ella debe buena parte de sus aciertos en la TV y en la radio. reitera.

Son pocos los que saben que Luz Gil, actriz mimada de una larga etapa teatral durante la cual tuvo efecto la era famosa de la danza de los millones que dió nombre a una pieza de Robreño, llegó a tener una fortuna considerable. Hay dolor en sus palabras, cuando nos relata cómo se le convirtieron en sal y agua muy cerca de setenta mil pesos. Y del largo esfuerzo para lograr una vejez segura le quedó, lo dice despacio, con recóndita tristeza pero sin amargura ni encono, ¡sólo el panteón que compró pensando más en la madre que en ella misma...! "Y también", añade, "una lección de ingratitud y desafección de quienes todo me lo debieron en hora buena; y todo lo olvidaron, con la llegada del tiempo difícil".

No es Luz Gil mujer de poco ánimo, o inclinada al regodeo en la desdicha. Y menos gusta del recuento inculpador. Vigorosa al inicio de una vejez sana, ágil y alerta, no ha perdido el gusto de vivir. El infortunio y la in-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

2

gratitud no le han quebrantado ni el cuerpo, ni el espíritu; ni la fe en el hombre. En la felicidad remansada de hoy recuerda algunos de sus éxitos del ayer lejano; y al hacerlo se emociona, reiteramos, en una añoranza sin resentimiento.

Después de Eloísa Trias recuerda gustosa entre los compañeros a Zarzo, vegetariano, hombre bondadoso; a Pepe del Campo, compañero de muchas piezas; a Arnaldo Sevilla, atildado y cuidadoso, buen cantante; a Gustavo Robreño, autor agudo y cómico de fuste, con algunas caracterizaciones inolvidables, como la de Freyre de Andrade y la de Napoleón, y una extraordinaria, afiladísima: la de "El eterno Don Juan"; a Inés Velasco, característica magnífica, como fueron actrices de ley Hortensia Valerón y Blanca Becerra. Esta última, con una gran popularidad, bailadora además; como Chicho Plaza que bailaba con maestría y rivalizaba con Pepe Serna en el danzón, la danza y la rumba.

Pedimos a Luz Gil que nos diga de algún momento con especial significado para ella. Sin detenerse un punto nos responde que el primer beneficio, al poco tiempo de estar en Alhambra, fué para ella una noche imborrable. No esperaba una demostración así; por la emoción apenas podía tenerse en pie mientras interpretaba su personaje. Otro momento memorable fué su personificación de Mona Lisa, en la obra de Gustavo Robreño "Alrededor del mundo" con música del maestro Anckerman. Quedaba ella inmóvil, al fondo del escenario, enmarcada como la figura imperecedera creada por el genio de Leonardo. En seguida nos dice de la inspiración y el talento, de la capacidad del maestro Anckerman como compositor y como director de orquesta.

Luz Gil es, ya cumplidos los sesenta, una mujer guapa. Le recordamos el garbo, el tronío de real hembra, la condición de actriz hábil y flexible, con excelente voz manejada con acierto. En alguna ocasión tuvo éxito muy señalado en el drama, trascendiendo el marco limitado del sainete y lo bufocubano. Fué en Cienfuegos; conocíamos el hecho por boca de López Ruiz, autor, director y actor valioso. Luis hizo allí, entre aplausos, la protagonista de "Alma Guajira", la pieza señalada de Marcelo Salinas. Quienes la vieron dicen que superaba a Camila Quiroga, la reputada actriz argentina que estrenó la obra en La Habana.

Luz Gil vive hoy a unos pasos del Alkázár, donde estuvo Alhambra. No sabe alejarse, nos dice. Porque fué el centro de su vida, y no puede sustituirlo con nada... Hoy su mundo está centrado en Lourdes, la niña que ha

criado como hija. Y también en Miguelito, el pequeño vecino que la toca en lo vivo cuando, entre zalemas, le llama "Mamachute". Es el amor y el cuidado de ambos y en el culto de San Lázaro está toda la vida de la actriz cubanísima, en cuya habla asoma alguna vez algo de acento mexicano. "Sobre todo cuando me enojo", nos dice.

Luz Gil es bien cubana, sin duda. Pero aún no es ciudadana de nuestro país. He ahí otro dato curioso de esta mujer singular. Hace casi tres décadas, justamente veintiocho años, desde 1926, que inició, en Santiago de Cuba, su expediente de nacionalización... ¡Y aún no lo ha terminado! Ni ella misma sabe por qué. Nadie más cubano que ella en el pensamiento y en la manera de ser; y nadie tan lejos de serlo en el orden legal. Pero ahora, nos dice al despedirnos, lo será pronto; muy pronto. Se lo aseguro delante de Lourdes, de Miguelito y de San Lázaro...!

M, feb 9/54



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA